CAPITULO XXI.

LOS PSEUDO-ARTISTAS.

EL señor D. Fernando seguia siendo *cosa muy buena*, segun Pico.

Se habia establecido esa amistad tranquila al parecer y que solo se vé entre los seres racionales, porque las fieras no se engañan, ni son capaces de felonía ni de diplomacia.

Don Fernando acechaba su presa, con todo el aplomo de sus años y de sus profundos conocimientos en el arte de seducir.

Se hacia mas amable cada dia, mas franco, mas cordial, mas buen chico.

Casi lo iba queriendo Isolina, y Pico lo queria ya.

Efectivamente, le habia llevado á Isolina libros. Estos eran, un Arte poética, una Historia del teatro, un Arte de declamacion, Elementos de ideología, algunas tragedias y algunos tomos de la coleccion de Rivadeneira.

Pico é Isolina leian juntos aquellos libros, con esa fé, con esa dedicacion de que son capaces dos personas que se aman y que, identificándose, van hácia un mismo rumbo.

Generalmente era Isolina quien leia en voz alta.

Isolina, sin saberlo, tenia puesta ya la planta en la region del arte dramático. Isolina podia ser actriz, porque Isolina era artista.

Estaba sobre el pedestal de las grandes celebridades.

Este pedestal tiene dos grandes piedras fundamentales:

Saber leer.

Tener la intuicion de lo bello.

Isolina sabia leer.

Isolina comprendia la estética.

Isolina podia ser actriz, lo era ya sin saberlo.

Un dia, leyendo una tragedia, fué dando poco á poco á su voz la elevacion propia del proscenio; fué levantándose de su asiento, movida por los resortes secretos de la pasion; Isolina se habia identificado con el personaje cuyas palabras estaba diciendo, y el sentimiento coronando el pedestal de sus dotes, pudo elevar la figura de Isolina á la altura del arte.

Estaban presentes Pico, D. Fernando y doña Atanasia.

Isolina se habia puesto en pié y recitaba un monólogo que habia leido varias veces; de pronto dejó el libro, que Pico tomó maquinalmente para *apuntar*, é Isolina avanzó algunos pasos y radiante con la luz de una verdadera inspiracion, se puso en carácter y accionó con naturalidad y con desenvoltura; su acento era persuasivo, las inflexiones de su voz, adecuadas; sus aspiraciones oportunas; su gesto, como emanado del verdadero sentimiento, era adecuado, natural y en perfecta consonancia con el relato; sus actitudes eran artísticas: en una palabra, Isolina estaba irreprochable.

Pico y D. Fernando estaban pendientes de sus lábios; habian comenzado por oirla con agrado, pero poco á poco fueron arrobándose. Se sentian arrebatados á su pesar, en el torrente de la inspiracion de Isolina, y el pasmo y la admiracion los dominó completamente.

Cuando acabó Isolina, hubo un momento cortísimo de silencio, pero fué preciso para entrar de nuevo á la realidad, porque aquellos dos espectadores estaban con la imaginacion muy léjos de aquel lugar.

En seguida, Pico, D. Fernando y doña Atanasia aplaudieron frenéticamente; é Isolina se dejó caer en su asiento.

—¡Esto es un milagro! decia Pico.

—¡Maravilloso! exclamó D. Fernando, casi sintiendo encontrar tanto espíritu en aquella carne.

—¡Muy bien! dijo á su pesar doña Atanasia, creyendo firmemente que Isolina lo habia hecho muy mal.

—¡No he visto cosa igual! repetia D. Fernando.

—¡Es muy difícil eso del teatro! dijo doña Atanasia, deseando llevar las ideas al terreno de los defectos y de las correcciones; vea usted, mi alma, ya que estamos en familia y supuesto que eso que acaba usted de hacer no es mas que una prueba, debo aconsejarle á usted, porque de algo me han de servir mis muchos años de pisar las tablas.

Las miradas se fijaron en doña Atanasia.

—¿Usted no sabe, mi vida, que los versos se cantan? pues se cantan. No es lo mismo prosa que verso; cantadito, mi alma, mas cantadito.

—Pues á mí me parece, dijo Pico indignado, que ni usted, ni yo, ni nadie, puede decir mejor los versos que como acaba de decirlos Isolina.

—¿Yo? contestó la vieja; lo que es yo con razon; con esta asma y estos años; ya sé vé; pero eso no quiere decir que los versos hayan estado bien dichos.

—Conforme están escritos.

—¡En eso está el mal! Creen algunos que los versos se deben decir como están escritos. ¿Y la cadencia? ¿y el cantito?

—¡Qué cantito, ni qué caracoles! dijo Pico. ¡Isolina ha estado sublime!

—Quien feo ama, hermoso le parece. Usted qué ha de decir; pero yo que soy imparcial, y sobre todo vieja en las tablas, le digo que eso está malo; y que como mas sabe el diablo por viejo que por diablo, por razon natural

he de saber yo mas que esta niña, que por primera vez se pone á recitar.

Las artes, á no ser unas señoras tan circunspectas y tan griegas y tan severas, tendrian mas de un motivo para hacer cada cólera del tamaño del mundo.

Hay una familia numerosísima de pseudo-artistas, que es de lo mas detestablemente divertido que se conoce.

Los aficionados.

He aquí los seres mas felices de la creacion. Para los aficionados, esa barrera, esos Pirineos, esos Andes, esa Sierra Madre que se llama dificultad, no existe.

Y como no hay aficionado que no se erija en su propio juez y en su propio apologista, resulta que no hay obras mas bien recibidas que las de los aficionados, por lo menos entre ellos mismos.

En el *mare magnum* de las inteligencias humanas, hay, en porcion considerable, inteligencias que se quedan á cien leguas de la verdad, y por consiguiente de lo bello.

Esas inteligencias tienen su mundo, y en su mundo sus artes.

En este mundo, el de los aficionados, se comienza todo por el fin, y no se llega nunca ni á conocer el principio de las cosas.

Da un quidam en que es actor, y con el mas incalificable desparpajo se le pone á usted delante insultando al sentido comun, y cuando acaba se restrega las manos todavía mas satisfecho que Valero, todavía mas contento de sí mismo que Talma; y Dios lo libre á usted, lector, de

no creerlo bajo su palabra; cuídese usted de ser frio y reservado con el aficionado furibundo, porque se concitará usted uno de los odios mas rastreros é implacables que se conocen.

Da un bárbaro en que es pintor, y sin maldita la apresion de las mas rudimentales reglas del dibujo, ni de geometría, ni de perspectiva, ni de óptica, ni de sentido comun, le pintarrajea á usted un santo, cuyo martirio, (si fué mártir,) es tortas y pan pintado comparado con el horror de verse reproducido por un aficionado.

Todos los aficionados le entregan á usted, lector, un boleto para la exposicion de sus obras; este boleto tiene estas palabras:

Lo hago de aficion.

Despues de lo cual la lógica de la educacion le obliga á usted á prodigarle al autor, infaliblemente, cuando menos este encomio:

—¡Ah! pues para *ser de aficion*, es mucho.

Piropo que el aficionado ha recibido cien mil veces, y que lo ha dejado mas ancho que un *guajolote*.

Si el aficionado sabe que es usted pintor, ó por lo menos persona de gusto, le agrega á su boleto de «*lo hago de aficion*» todo esto:

—Yo no sé dibujo, ni nada; nunca he tenido maestro, ni mucho menos, ni he visto cuadros, no señor, ni sé como se hacen..... y no obstante, vea usted, he pintado este santo..... y creo que para ser de pura aficion..... en fin..... tendrá defectos; pero como yo no sé dibujo.....

Entre los aficionados figuran los curiosos de manos; esta familia de almas de Dios, es numerosa, pero va en decadencia, se minora, lo cual es ya una esperanza.

A esta familia pertenecen los fabricantes de juguetes del portal de Mercaderes; juguetes con cuyos primeros ejemplares, idénticos á los últimos, jugaron nuestros tatarabuelos.

A la misma familia pertenecen los que hacen figuras de jabon en Puebla, y de barro en Guadalajara.

Todos estos dichosos mortales lo hacen todo de aficion y le confiesan á usted ingenuamente que tampoco saben dibujo, ni nada de eso; que no han estudiado ni cosa que lo valga; pero modestamente se consideran á sí mismos como unas verdaderas notabilidades; prerogativa que estamos muy lejos de envidiarles, por mas que los mantenga arrullados eternamente en el quinto cielo de las ilusiones tontas.

La música tiene sus aficionados, que se llaman á sí mismos *líricos* con el mayor aplomo.

Entre estas notabilidades, hay hembras que cantan arias de bajo, y bajos que cantan arias de tiple.

La poesía tiene tambien su cohorte de esos que le dicen á usted que no saben prosodia, y que no tienen estudios; confesion inútil por demasiado manifiesta.

Estos aficionados son los mantenedores del *acróstico* y de otros primores no menos ingeniosos.

Cuando un aficionado de este género da en ser actor

de teatro casero, la buena de Talía, á pesar de su circunspeccion, se pone de muelas torcidas.

Isolina estaba rodeada de entidades del género de los aficionados, con circunstancias agravantes, entre otras la de pertenecer a lteatro; de manera que frente á frente de la envidia y de la ignorancia, Isolina iba á emprender un nuevo género de lucha, no menos azarosa y amarga que la que sostenia contra los jóvenes audaces, y contra los viejos que *«son así.»*

Ya entre las viejas coristas, en la familia de las salamandras del foro, á Isolina no se le conocia con otro nombre que con el de la *ex-figurante*, pues despues de que hubo aparecido, la crónica no la abandonaba un momento.

Algunas dificultades suscitadas en el seno de la compañía dramática que trabajaba en Toluca, determinaron la suspension de las funciones.

Ya hemos dicho que un actor que no puede levantar el telon es el ser mas desgraciado que se conoce, y en esa situacion es cuando los actores hacen el papel mas difícil de todas las temporadas.

Hacer el rey ó el carretero, el héroe ó el verdugo, es cuestion qué los actores resuelven magistralmente porque están en su negocio, y sobre todo, porque carretero, rey ó héroe raquítico, tienen levantado el telon y á la lumbre el puchero; pero cuando el telon cae á plomo por una de tantas vicisitudes de ese pequeño mundo de trapos pintados, entonces el actor empieza á representar consigo mismo la comedia íntima de las combinaciones.

En esta situacion es en la que los actores se presentan bajo los mas odiosos caracteres; todas las pasiones, todas las rencillas, todas las poridades, todo lo que hay de mas díscolo se mezcla en la disolucion previa á cualquiera formacion de compañía.

Al formar un elenco, no hay segundas damas ni para un remedio; todas son primeras, absolutas; todas son notabilidades de primera fuerza; no hay categoría posible; no hay gradacion que satisfaga ni que concilie los ánimos; no hay conformidad posible ante una coleccion de Ristoris contrahechas y S. G. D. G.

El formador despliega una elocuencia ciceroniana en la autopsia de los talentos de las notabilidades artísticas que tiene delante.

Las notabilidades tienen á su vez por delante, solo montones de oro y montones de laurel; un mundo de pretensiones y otro mundo de amor propio, y en minoría solo el mérito verdadero.

Tampoco hay segundos galanes, ni segundos barbas; el que tiene veinte años de pisar las tablas es, no el Matusalen, sino el Talma del arte: el que ha hecho el Campanero de San Pablo, ó Luis Onceno, ya no quiere papeles de criado ni de notario; el que ha dirijido alguna vez, no quiere que lo dirija nadie.

Otro exije que se le den determinados papeles, alegando que son de su cuerda; aquel rehusa préviamente los que no le han de dar jamas.

La dama mas descocada y escandalosa, pone por co
dicion no enseñar las piernas en ningun caso, *pro pud*

Otra protesta contra el calzadillo porque hace muy
el pié, y porque ella, siempre que se ha tratado de la p
mera época del cristianismo, ha sacado botines de r
blanco con tacon de plata.

Las que han de salir de criadas no han de prescin
de su peinado de rizos, cojines, castañas, postizos y la
que usan todos los dias.

Otra no ha de hacer papeles de hombre por nada de
ta vida, so pretexto de que como es tan gorda.....

Aquella se empeña en que no ha de ensayar á las di
porque se levanta tarde, y exclama:

—De noche, todo lo que ustedes quieran, pero á l
diez de la mañana.... ¡Dios nos asista! ¿á donde íbamos
parar los actores, si á las diez ya estuviéramos pega
al yunque como cualquier cerrajero? no, señor direct
usted debe transijir con las exigencias del refinamiento
la *vida parisien*. ¡A las diez! no, amigo mio, á las di
mi tocador está en veremos.

—¡Pero señora!

—Nada, nada, si he de ensayar á las diez, no traba
prefiero irme á la Habana en donde me ruegan, vea ust
las cartas. Allí se considera á las artistas, allí se tra
á las señoras no como peon de albañil, sino como merec
por la delicadeza de su sexo.

—Pues sea, señora, ya veremos como se zanja esa di
cultad; no ensayará usted á las diez.

—Es que si la señora no viene á las diez, yo tampoco,
que yo soy sola y nada mas tengo una niña y eso no
mia, sino huérfana; pero yo soy su madrina y tengo obli-
gaciones, estoy dedicada á su educacion, y aunque una sea
del teatro, la educacion de los niños es muy sagrada y es
necesario no desentenderse uno de sus obligaciones, que
en habiendo método todo se puede hacer.

—¿Qué dice usted, D. Julian? pregunta el director al
barba, que ha permanecido callado, envuelto en una capa
parda, retraido como un oso y recargado contra un es-
conce.

—Yo, señor director, prorumpe el barba con una voz
de bajo profundo que hace temblar las bambalinas y so-
nar sola una cuerda del violoncelo que está en una silla:
yo, señor director, soy perro viejo y lo que son los ensa-
yos á las diez, no los paso, no porque me parezca mala
la hora (porque yo madrugo) sino porque nadie viene.

—Para eso son las multas.

—Si hay multas no trabajo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni nadie.

—¡Rayos y truenos! exclama el formador; ¿pero seño-
res, por el amor de Dios, qué sedicion es esta? ¿entonces
¿cómo vamos á entendernos? yo acostumbro pegarme al
trabajo con asiduidad y con constancia; de otra manera no
se adelanta, lo demas es perder el tiempo y la reputacion;
el arte dramático, como ustedes saben, es extraordinaria-

mente difícil y se necesita constancia, estudio y dedicacion; y si no ensayamos, y si por otra parte hemos de poner tres piezas por semana, no cabe en lo posible organizar ningun trabajo, ni ganar nada en perfeccion ni en propiedad escénica.

Yo acostumbro trabajar, señores; yo soy actor viejo y es notorio que como director..... ahí está este jóven, y lo tienen ustedes hecho un galan, ya hizo el Yorick y cuando vino á mi lado no sabia ni hablar; ahí tienen ustedes á Náucea, ya se presenta y el público no se rie de él: hace los gallegos perfectamente.

—Todo eso está muy bueno, pero no habrá ensayos á las diez, por mayoría absoluta de votos, dijo una jóven.

—¡Gané! dijo la primera dama á su amante no actor, que le estaba apretando la mano y la rodilla izquierdas, con la mano y la rodilla derechas.

—¡Ganamos! dijeron varias voces.

—¡Ganaron! dijo el barba haciendo el efecto del cañonazo de leva.

CAPÍTULO XXII.

LA NUEVA ARTISTA.

ANTES de que la compañía dramática hubiera podido resolver el millon de dificultades que surgian de todos y cada uno de sus miembros; antes de que hubieran podido firmarse las contratas, se recibió la estupenda noticia de que arribarian á aquella ciudad, el Sr. D. Gervasio Miguel Romero del Campo y su señora doña María del Cármen Zubiría.

Como un chorro de agua fria vertido en un caldero de aceite hirviendo, la compañía entró en ebullicion; una pa-